

Doble moral: los acuerdos con Gordillo

Alfredo Acle Tomasini©

Pese a que la honestidad es, como el embarazo, un asunto binario que no admite matices, ni términos medios, los mexicanos solemos graduarla. Por ejemplo, cuando nos referimos a una persona en particular podemos decir de ella que es muy, poco o medio honesta. Quizá esta manera de expresarnos revela nuestra ambivalencia frente a lo opuesto, es decir: la corrupción, la trampa, el abuso de los recursos del erario. Actitud que en cierta forma reflejó la Encuesta Mundial sobre Valores del 2005 donde sólo el 64% de los entrevistados en México respondieron que bajo ninguna circunstancia justificaban la mordida, en cambio el otro 36% la aceptaba en algún grado.

Desde esa perspectiva el *affaire* Gordillo constituye un caso de análisis interesante para observar cómo el aparato político y la sociedad están procesando un asunto que, más allá de la filias y fobias que despierta la lideresa del magisterio, ha dado origen a reacciones, polémicas, actitudes y tomas de posición que en esencia reflejan valores, vicios y prejuicios que están presentes en nuestra cultura social y política.

Con seguridad en la mayoría de los países miembros de la OCDE sería difícil que subsistiera por un largo periodo y con absoluta impunidad un líder sindical, y menos aún si lo fuera de un gremio que recibe recursos del erario, que ostentara un nivel de riqueza que además de no corresponder a su posición, ni a su origen socioeconómico, resultará a todas luces escandaloso. Ante una evidencia tan contundente que sin lugar a dudas se acompañaría de una presión de la sociedad para esclarecer las cosas, las autoridades de esas naciones realizarían indagatorias para verificar el origen de esa acumulación de bienes, además de comprobar el debido cumplimiento de las obligaciones fiscales.

Por el contrario, en nuestro caso se ha preferido mirar hacia otro lado. Pero las cosas no han parado ahí, porque la señora Gordillo además de estar al frente de una organización sindical, encabeza de facto un partido político que para el mayor de los colmos también le da acceso a los recursos del erario y donde en franca contradicción con el espíritu democrático que debe prevalecer en cualquier organización política, ella escoge a sus dirigentes sin importarle para ello demostrar un nepotismo descarado.

Mientras tanto la sociedad observa impotente cómo los bienes y entidades públicas – los recursos que ella aportó al erario y los partidos políticos – se convierten en bienes privados y negocios familiares libres de escrutinio, aunque no de sospecha.

Pero sería un error asumir que la impotencia de la sociedad para remediar esta situación, equivale a su complacencia, y menos aún a una aprobación tácita. Estos hechos pese a sus matices pintorescos y casi cómicos calan en el ánimo social, convirtiéndose en facturas pendientes de

pago, como hoy les está sucediendo a los otrora inamovibles funcionarios públicos de Egipto y Yemen, quienes en el apogeo de su poder nunca pensaron que llegaría el momento de cobro.

Por ello llama la atención la miopía y falta de oficio que algunos políticos demuestran al no entender cuáles son las implicaciones que tienen en la sociedad los arrebatos mediáticos de la señora Gordillo; desde su entusiasmo por entrar a los hogares mexicanos so pretexto de promover la lectura hasta sus diatribas con el señor Yunes. Cada aparición tiene el mensaje implícito de que ella está por encima de todo y de todos, y además se da el lujo de restregárnoslo en la cara.

Peor aún cuando después de esto algunos priistas pregonan a los cuatros vientos que buscarían alianzas con ella, o se nos explican las negociaciones que se hicieron para que pusiera a sus parientes e incondicionales en cargos públicos de designación presidencial, so pretexto de facilitar la reforma educativa. Argumento cuestionable porque para objetivos similares habría entonces que ofrecerle algo parecido a los líderes sindicales de Pemex, CFE y del Seguro Social, y porque sólo un ingenuo pensaría que plantar en esos puestos a un allegado tiene como único fin impulsar su carrera profesional.

¿Qué piensa el ciudadano cuando todo esto lo observa al mismo tiempo que atestigua como, con el ánimo de imponer el imperio de la ley, en la guerra contra el narcotráfico se pierden vidas humanas y se gastan miles de millones, a la vez que se reitera la indisposición a mover un ápice la frontera que define hasta el momento la ilegalidad de algunas drogas?

Es fácil asumir que concluirá que se trata de una doble moral; una especie de legalidad selectiva que se aplica según el caso, lo cual siembra en el ánimo popular la desconfianza y el cinismo. Ante esto ¿Cómo explicarle a los jóvenes que no es cierto eso de que para avanzar se necesita transar?

Twiteer @AcleTomasini